

SÁBADO 17 DE SETIEMBRE DE 1886.

ASESINATO

DEL

GENERAL PRIM.

EL SERVICIO DE CORREOS EN ESPAÑA



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

MADRID

En vano hemos clamado en diversas ocasiones contra el mal servicio de comunicaciones en nuestro país, é inútilmente también hemos procurado hacer llegar nuestras fundadas quejas á los Centros oficiales en que puede ponérselas remedio, para defender nuestros intereses y los del público, indebidamente lesionados por la rapacidad, negligencia, torpeza ó mala voluntad de algunos que ignoramos quiénes sean, pero que privan á nuestros corresponsales de paquetes enteros de esta publicacion unas veces, de parte de ellos otras.

No hay casi una semana que no recibamos cartas denunciando semejantes abusos, y como la Administracion de la HOJA sirve los pedidos con toda regularidad, forzoso es atribuir las faltas á los que cobran sueldo para servir al público y en todo piensan menos en cumplir con su deber.

¿Llega la influencia de nuestros enemigos hasta el extremo de influir en correos para perjudicarnos, ó se quiere hacernos callar por se medio?

LOS ASESINOS DEL GENERAL PRIM

SEGUN RESULTA DEL PROCESO Y OTROS DATOS.

ACUSACION PRIVADA.

(Continuacion).

Prescindiendo por completo, puesto que nada se conseguiria con ampliarlas, de las amargas reflexiones conque terminamos la hoja anterior y nos fueron sugeridas por el abandono en que tienen la memoria del ilustre general Prim, hasta sus mas íntimos allegados; abandono que en vano procuran cohonestar celebrando todos los años en la iglesia de Atocha, por pura vanidad, aniversarios en que lucen más de cuatro los uniformes y entorchados que en vida les otorgara con excesiva largueza la víctima; continuaremos nuestra tarea empezando por insistir en la idea que ya hemos apuntado antes de ahora, relativa al cambio de conducta de los *amigos* conque en las regiones oficiales contaba el Duque de Montpensier á consecuencia del examen de los documentos que presenté al Ministerio de que hacian parte algunos de aquellos adeptos; papeles cuya gravedad es tal que motivó el convenio ó contrato que antes hemos citado.

Mas no por ello se crea, que este cambio de frente, tal mudanza de táctica, tuvo por objeto descubrir la verdad, tras de que iban á la vez que nosotros, contadas personalidades fieles entonces al recuerdo de la figura más saliente de la revolucion de Setiembre de 1868. Nada de eso; rendidos á la evidencia de las pruebas aducidas para demostrar los manejos montpensieristas que de ningun modo podian negar, y deseando servir como hasta entonces á su patrono, aparentaron que abandonaban la defensa de su política volviendo la espalda á los ideales que acariciaron, á fin de estar en condiciones de parar los certeros golpes que se les dirigian y ya que no destruir porque esto no es posible, al menos anular en parte los resultados que con la presentacion de tales documentos nos prometiamos.

Para conseguir á mansalva su objeto, accedieron á suscribir el contrato de la entrega de estos comprobantes á condicion sin embargo de que se unieran á la causa y una vez reconocidos por mí, despues de

dar acerca de su contenido cuantos detalles y explicaciones se creyeran necesarios, surtieran en ella sus efectos naturales.

Así se verificó, dejando á la consideracion de mis lectores apreciar si tienen ó no gravedad, si bastan ó son insuficientes para esclarecer los hechos, cuando su solo examen dió motivo á que pactara conmigo como de potencia á potencia, todo un gobierno legítimamente constituido; se emplearon más de treinta fóllos en tomarme declaracion acerca de su contenido para aclarar aquellos puntos que en los mismos habian de aparecer forzosamente oscuros, y se invirtieron centenares de hojas en los careos y demás diligencias decretadas por el juzgado como consecuencia de su contenido.

¿Qué fines perseguian los montpensieristas uniendo al proceso semejantes documentos? ¿Qué ventajas alcanzaron para su patrono y la política que representaban dentro de la situacion, con tal medida?

Poco se necesita meditar para comprenderlo. Englobados en la causa como pruebas de conviccion contra determinadas personalidades, no solo se alcanzaba el hacer nula la accion gubernativa para perseguirlas si esto se hubiera creído pertinente. por los hechos punibles en que aparecian complicadas, si que tambien se les daba tiempo y medios para destruir su efecto, ya que nó totalmente, al menos en gran parte.

Así sucedió realmente: rota la reserva que hasta dicha fecha se habia guardado de la existencia de aquellos papeles, solo conocida de los interesados y convencidos estos de que ya no habia medio por mi parte de ocultarlos—por mas que su encuentro se atribuyera á un hecho fortuito—claro es que dejaron de temerme, prescindiendo de mí, quedé reducido á la nulidad para lo sucesivo y pudieron á sus anchas comprar con el oro ó por otros medios testigos falsos que desvirtuaran mis declaraciones, facilitar la fuga de aquellos que más pudieron inclinar la balanza en su contra con sus revelaciones, y reducir al silencio á quienes no tuvieran esperanza de dominar por la persuasion ó por el oro.

En el curso de este trabajo hemos expuesto ya las asechanzas de que fuí víctima, hemos citado tambien los nombres de algunos á quienes costó la vida hallarse mezclados en este asunto y que las declaraciones de muchos de los testigos buscados *ad-hoc* para negar mis afirmaciones no les sirvieron de nada, porque como la verdad se sobrepone á la mentira por regla general, las contradicciones que en las mismas se notan, echan por tierra quitándoles todo valor; para que necesitemos insistirlas en este punto, pero no cabe dudar que si los manejos montpensieristas no alcanzaron todo su efecto en esos puntos concretos, en cambio en otros lo consiguieron á maravilla, como lo prueba que ni á Enrique Sostrada que se hallaba en el extranjero, ni á Pedro Acevedo que estaba oculto en Valencia, se les pudo arrancar su testimonio, importante por más de un concepto y casi pudiéramos añadir, decisivo, merced á que sin duda les catequizaron previamente.

En vano intenté con el auxilio de los pocos buenos amigos que quedaban al general Prim, atraer á aquellos dos sujetos para que confesaran la verdad, á cuyo efecto les fué ofrecida una recompensa crecida, único medio de halagarles, é inútil fué partiera de Madrid á Bayona un emisario que se avistase con el primero de los ya nombrados, provisto

de la autorizacion correspondiente para tratar con él, en la seguridad de que ningun peligro correría si verificaba su presentacion.

Despues de conferenciar con él y quedar conforme en todo, porque sin duda habia consumido ya el oro que recibiera del Sr. Solís en pago de los manejos á que le habia ayudado con su eficaz cooperacion, un resto de cobarde suspicacia, le hizo poner como condicion precisa para presentarse, el que lo hiciera también Acevedo.

Salió el comisionado para Valencia y allí convino con las familias de ambos sujetos aludidos, que un hijo de Acevedo, telegrafista que prestaba sus servicios en Castellon, iria á Madrid para enterarse de si eran ó nó formales las proposiciones que se les hacian, conviniendo en su conferencia con un ministro cuyo nombre no hace ahora al caso, que su padre y su tio Enrique Sostrada se presentarian á *declarar la verdad* si se les proveía del salvo-conducto correspondiente para que pudiera entrar en España el primero y llegar hasta Madrid los dos, retirándose despues al puesto que les pluguiera, sin dificultad alguna.

Así se hizo, nada omití de cuanto á mi alcance estaba para obtener las declaraciones de ambos sujetos que eran para mi de importancia suma, no porque en realidad dieran mayor fuerza á los documentos que habia presentado, si que por la sencilla razón de que su testimonio como actores principales en aquellos trabajos desvanecía toda duda y se conseguía convertir en conviccion plena y justificada, lo que hasta entonces no era más que conviccion moral; pero no obstante haber cumplido por nuestra parte todas las condiciones estipuladas, si se exceptúa la del pago de la cantidad ofrecida que no debia tener lugar hasta que declarasen, ni uno ni otro parecieron á pesar del solemne compromiso que de hacerlo así, contrajo en su nombre el hijo de Acevedo.

Nada extraña es por parte de ambos sujetos, semejante conducta. Su conciencia no muy limpia, les hacia ver un peligro si se presentaban, no obstante las seguridades que se les dieron de que nada les ocurriria y de que podian disfrutar de la impunidad por lo que á la justicia humana atañe y como no faltaron quienes enterados de lo que se intentaba é interesados en evitarlo, procurasen impedirlo á toda costa, compraron su silencio merced á dádivas crecidas y á ofertas más importantes aun, que ignoramos si tendrían cumplimiento—recurso á que en este asunto ha apelado muchas veces el señor Solís,—y les disuadieron de presentarse hasta tanto que su testimonio no tuviese en la causa valor alguno.

Por eso, aleccionado á la perfección Enrique Sostrada no compareció voluntariamente ante el juzgado hasta el año 1880 ú 81 en que la causa se hallaba sobreseida y archivada y aunque le redujeron á prision por pura fórmula, quedó en libertad al poco tiempo, después de absolverle de cuantos cargos resultaban en la causa, contra el mismo.

Igual proceder hubiera seguido á no dudar Pedro Acevedo si su mala fortuna no hubiese dispuesto que lo detuvieran en Alicante el año 1872—sino estamos mal informados—como uno de tantos comprometidos en los sucesos cantonales de Cartagena llevándole á Madrid donde ingresó en el Saladero á disposicion del juzgado que entendia en la causa de asesinato del general Prim.

Véase por qué cúmulo de circunstancias extrañas y más fáciles de concebir que de explicar, esas dos personas á quienes puede considerarse casi como la clave de tan embrollado asunto, que hubieran dado mucha luz si desde el primer momento—ya que aparecían complicadas en la causa de tentativa—hubiera habido empeño en conseguirla reduciéndolos á prision y á quienes, no la casualidad, *sino gentes poderosas favorecieron hasta un punto inconcebible*; han venido á ser poco menos que inútiles para el fin que se persigue, puesto que sus testimonios de nada han servido á los tribunales encargados de buscar á los asesinos del general Prim.

Pero aunque de las declaraciones de ambos, al menos ostensiblemente, no haya obtenido fruto alguno el juzgado para averiguar por qué y por quiénes se asesinó al general Prim, ¿deberémos deducir que esto se debe por ventura á que no tienen importancia ó á que no son exactos los hechos que se les atribuyen?

Lejos de ser así, se demuestra precisamente lo contrario con solo fijarse en que no obstante haber tomado conmigo una parte activa en los trabajos de conspiracion ideados de orden ó al menos con la aquiescencia del señor duque de Montpensier, y en los ulteriores de simulada tentativa para inmolar en aras de los planes de dichos personajes, al Presidente del Consejo de Ministros, *quedaron en libertad*, mientras á todos nosotros se nos *redujo á prision*, y tuvieron amplitud bastante para entenderse despues sin que nadie se les impidiera con Solís, Pastor, Porcell y demás verdaderos.... agentes de los duques de Montpensier y de la Torre.

A no haber contado con valiosos apoyos de esos á los que nada se opone en una sociedad tan desquiciada como la nuestra, no es posible que hallándose bajo el peso de una acusacion grave como la que motivó nuestra prision, no se concibe pudieran residir en el mismo punto sin que nadie les molestara; y tampoco se comprende que disfrutaran de una proteccion tan decidida antes y despues de cometido el crimen, si nó hubieran sido los instrumentos para preparar ese mismo delito que segun queda demostrado, debió partir de regiones á las que se llega difícilmente; proteccion y apoyo manifiestos sin género de duda, cuanto que al Sostrada le han permitido vivir muchos años en el extranjero y al Acevedo donde le ha convenido, hasta tanto que arregladas las cosas á gusto de los que las manipulaban, han podido salir absueltos libremente de los diversos cargos que contra ellos resultan en la causa.

Despues de lo expuesto ¿habrá todavía quien pretenda separar la muerte violenta dada al general Prim, de los proyectos ambiciosos que en mal hora concibiera el Duque de Montpensier, considerándola como un hecho aislado é independiente?

Basta echar una rápida ojeada sobre los sucesos más culminantes acaccidos en España desde 1866 á la fecha y se verán demostrados hasta la evidencia los manejos del Duque de Montpensier encaminados á ocupar el trono de España, sueño dorado que acaricia D. Antonio de Orleans desde hace mucho tiempo.

Para satisfacer esta pasion que es en él una especie de nostalgia, se enemistó antes de la revolucion de Setiembre con su cuñada doña Isabel de Borbon, conspirando abiertamente contra ella con los generales

unionistas que no podían soportar por más tiempo su alejamiento del poder, y tuvo que emigrar á Portugal, contribuyendo poderosamente al alzamiento nacional, si nó con su espada, con su prestigio y su dinero. Verdad es que no asistió á la batalla de Alcolea, perdiendo la ocasión más propicia que puede ofrecerse á un aspirante á Rey de recoger la corona que cayera en aquella jornada de las sienes de dicha señora, pero si nó lo hizo, tal vez fué porque ó creyera preferible á ese medio usar de las intrigas, ó le contuviese una especie de pudor político que le vedaba hacer la guerra á la hermana de su esposa para ocupar el sólio vacante.

Al poco tiempo apareció en Madrid buscando á pié por las calles la popularidad, en tanto que empleaba su dinero en buscarse farsantes de su fama en la prensa, y partidarios entre los políticos de pacotilla, ya que no le faltaban amigos en el Estado Mayor del Ejército y hasta en los diversos Ministerios que se formaron durante la interinidad.

Su desafío con don Enrique de Borbon, su primo, que tan fatal fué para éste, le hizo perder en un solo instante tanto terreno como había recorrido desde que dió la primera señal de disidencia con su cuñada, sin que bastaran á hacérselo recobrar ni los esfuerzos reunidos de todos sus partidarios, ni las sucesivas intrigas que puso en juego.

El golpe de Estado del 3 de Enero de 1874, reanimó sus esperanzas muertas, porque en el Ministerio que entonces se formó contaba con algunos de sus amigos antiguos, y cuando en Mayo siguiente rota la coalición de radicales y constitucionales subió al poder un Ministerio homogéneo del que no formaban ya parte ni Martos ni Echegaray, no hay para qué decir que subieron tanto de punto aquellas, que le consintieron acercarse á la frontera para aprovechar la primera coyuntura que se presentase y aguardaba no sin fundamento le había de proporcionar con sumo gusto el *gabinete* formado exclusivamente de personas adictas á sus planes.

La sublevación de Sagunto, anticipándose por una generalidad del general Martinez Campos, acerbamente censurada por Don Antonio Cánovas del Castillo antes de que la coronase el éxito más lisonjero, hizo que el cetro porque tanto suspiraba, fuera á parar á manos de Don Alfonso, y aunque según rumores públicos no han cesado del todo los manejos del Duque en tanto que las circunstancias le han podido ser propicias, inútil es continuemos el exámen de esos trabajos, porque no habría de añadir nada nuevo á lo que ya hemos manifestado y cumplido á nuestro objeto.

Evidenciado el afán con que el Duque de Montpensier viene desde hace veinte años persiguiendo su elevación al trono de España, y y puestos de manifiesto también los medios y esfuerzos de que ha puesto en juego para conseguirlo, se comprende que con igual perseverancia ha debido combatir *cuantos obstáculos* se le opusieran, de cualquier naturaleza que fuesen, y bajo este punto de vista, sin pasar por suspicaces, debemos deducir que entre dichos obstáculos, figuraba en primer término y como el más insuperable, el ilustre general Prim, sin que por ello se saque la consecuencia, de que entre ambos personajes existieran otras causas de antagonismo que las naturales de la diversidad de su criterio para apreciar las soluciones políticas más convenientes á España.

Desde el momento en que Don Juan Prim y Prats desenvainó su espada para consagrarse á la defensa de las libertades pátrias y de nuestros derechos consultados ó desconocidos por palaciegos y orgullosos mandarines, no se separó un solo instante de la línea de conducta que se trazara reducida á implantar en España una monarquía genuinamente constitucional y democrática conforme á los deseos y aspiraciones del país, sin que en contrario pueda citarse un solo hecho desde que se sublevó el 3 de Enero de 1866 hasta el 27 de Diciembre de 1870 último día de su gloriosa existencia.

Para realizar su propósito que á nadie ocultó y las nobles aspiraciones de que se sentía animado, y en la creencia de que eran imposibles de todo punto si transigía en lo más mínimo con lo pasado, excluyó terminantemente de todos sus planes á la familia de los Borbones y aun resuenan en el país aquellos tres *¡jamás! ¡jamás! ¡jamás!* que pronunció con voz varonil y llena de convicción y energía en cierta ocasión solemne.

Igual exclusion comprendía también á don Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, enlazado como sabemos con aquella familia, según prueban las diversas gestiones diplomáticas que entabló hasta encontrar un candidato al trono que reuniera las condiciones necesarias, sin que pueda citarse un solo hecho que pruebe haya transigido con aquel, á pesar de los esfuerzos de sus partidarios decididos y de sus platónicos amigos que asediaban uno y otro día al general para imponerle esa solución y le creaban dificultades para hacer fracasar todas sus combinaciones.

Solo su energía, su clarísimo talento, las excepcionales dotes de político que le distinguían y el prestigio de que gozaba entre los revolucionarios de Setiembre, pudieron permitirle sacar triunfante la candidatura del cumplido caballero que ocupó algunos meses el trono de España y hoy lleva el título de Duque de Aosta, á despecho de algunos de sus compañeros de Ministerio que en vano quisieron implantar y que adquiriese entre nosotros carta de naturaleza, la del Duque de Montpensier.

Con solo recordar las gestiones fracasadas antes de conseguir esa solución, cerca de las Cortes de Portugal y Alemania merced á los trabajos de zapa de los montpensieristas, se comprenden fácilmente dos cosas de importancia: primera, que á pesar de esos fracasos, nunca transigió con el Duque de Montpensier ni con los Borbones, y segunda, que solo á sus dotes era dable resistir las corrientes que se le oponían, dominarla y encauzar la política por los derroteros que creía más convenientes.

Otro cualquiera en su situación, y atendidas las dificultades que sus mismos *amigos* ó los que al menos así se llamaban y le reconocían por jefe, se oponían á todos sus planes, hubiera cedido por debilidad ó cansancio de tan bajas intrigas y hoy quizá viviera ó al menos no hubiese sucumbido de muerte violenta, en premio á su constancia.

Aunque es cierto que con igual energía que combatió todos estos manejos, hizo la guerra á los republicanos y carlistas que se alzaron en armas y deba por lo mismo suponerse que los partidarios de ambas banderas le considerasen como un obstáculo insuperable para el logro

de sus aspiraciones, tambien es indudable que la lucha en los campos de batalla, terrible y de desastrosos efectos, como todas las apelaciones á la fuerza, es por punto general más noble que la de intrigas bajas y no apela para vencer al adversario á los mismos vedados medios que esta emplea.

Por eso, no puede admitirse ni como sospecha siquiera, que ninguno de los partidos extremos antes citados tuviera participacion como colectividad en el crimen cometido en la calle del Turco la noche del 27 de Diciembre de 1870, siendo mucho más racional ya que tampoco fué motivado tan solo por personal resentimiento y aparte de las pruebas que de ello existen, atribuirlo á los que viendo en la proclamacion de D. Amadeo para Rey de España el completo fracaso de sus aspiraciones, intentaron con la muerte alevosa del causente de este fracaso, satisfacer un inícuo deseo de venganza ó quizá quitar ese obstáculo por si llegaba el dia en que pudieran serles más favorables las circunstancias, evitarse tropezar con él de nuevo.

La muerte alevosa del general Prim, nos ofrece el triste ejemplo de que el guerrero curtido en cien combates y á quien la victoria coronó mas de una vez en los campos de batalla, puede muy bien por inexcrutables designios de la Providencia, perecer á manos de viles y cobardes asesinos, instigados por gentes aun más cobardes y viles que ellos que no reparan en los medios, con tal de llegar al fin que se proponen.

Algun dia juzgará severamente la historia estos sucesos, y entonces tal vez haga recaer la infamia y el oprobio que se merecen sobre los autores é instigadores de tan inícuo atentado.

¡Descanse en paz el héroe y Dios perdone la indiferencia é ingratitud con que sus deudos y amigos consideran su memoria!

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LÓPEZ.

(*Se continuará.*)

IMPORTANTE.

Próximo ya el dia en que ha de quedar definitivamente descorrido el velo que cubre el crimen de la calle del Turco cometido en la persona del general Prim, y siendo muchas las personas que han solicitado colecciones enteras de todas las hojas que publiquemos, se ruega al que desee adquirirlas que haga los pedidos á la mayor brevedad, pues pasado el presente mes, no veremos en la imposibilidad de servir ningún nuevo pedido.

Al mismo tiempo se hace saber al público, que estando dispuesta la tirada de una lámina, cuya ejecucion hemos encomendado á reputados dibujantes, en la que se representan los episodios y personajes mas importantes que se relacionan con el objeto tratado en nuestras hojas, de tamaño y condiciones á propósito para constituir un cuadro digno de conservarse, se pondrá á la venta al precio de una peseta, siendo condicion indispensable acompañar á los pedidos el importe respectivo pues de otro modo la administracion no podrá atenderlos.

Tip. de Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe '11, Zaragoza.